

WALDO PÉREZ CINO  
Dinámica del medio

*bokeh* \*

© Waldo Pérez Cino, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

Leiden, NEDERLAND  
[www.bokehpess.com](http://www.bokehpess.com)

ISBN 978-94-91515-54-5

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## *Pórtico de los empeños*

Los utensilios de cocina, las herramientas  
precisas con que esa llave desmonta aquel tinglado  
o el horno se vuelve una repisa crematoria.

¡El horno, lo crudo y lo cocido! ¡Las rutinas  
de los martes! ¡La obediencia  
de la dieta y de la sauna y del tono muscular!  
Las risas al teléfono, los aspavientos  
al teléfono, las llamadas a destiempo, las claves  
aceitadas de todo lo que arranca sin pensarlo  
y el sinsentido de las órdenes que bueno  
quién entiende: la sonrisa del que acata  
el miedo o del que huye porque el miedo  
asusta, del que acata y no cumple ni consigo,  
del que cumple (la sonrisa ya simétrica)  
la parsimonia de lo ajeno y no lo sabe,  
la de quien a sabiendas se renuncia y pierde  
hasta el último diezmo, el cuenco entero.

Pues todo eso será alabado, encomiásticos  
los críticos que alaben y ensalcen y canten  
para bien todo aquello: la precisión del relojero,  
el teléfono correcto de quien tiene la respuesta  
y la suma funcional de los lugares  
donde te sabes a salvo y te sabes vulnerable  
a la vulgaridad del espanto. Las dos cosas.

## *Y siempre luego*

Y luego las parcas del alborozo, las señoras embozadas del desastre. Un jolgorio, también –plusvalía anónima y sin dueño, concertadas en mínimo conciliábulo, en la humareda que disfrazan de nube o de silencio. Van y vienen como en la noche, en la humedad incierta de todo lo prestado. Cuchichean como en la ya altísima madrugada del velorio cuando los roles de mañana se reparten al filo de toda despedida: quién reposa o quién se ocupe mañana de los trámites, nombres –los días y sus noches, los cuerpos de una vida– en la baraja de quién se queda y quién se va.

## *El gran cisma*

Pobres pausas pautadas por el pobre  
ritmo de lo que acontece en torno,  
la sustracción del dolor o de la duda.  
Esa manera tan precisa para caldos  
de domingo. Veteranías, veteranías:  
ansiedades, las ventanas de un edificio  
ajeno y las ventanas congeladas. La forma  
inadvertida del vuelo, del mapa,  
de las rutas donde todo se despieza  
en agreste llanura sin presente  
para recomponerse certero en el olvido.

## *Del verano en Delft*

Las pasiones. Dos manzanas atoradas  
de una mordida, las calles que no vas  
a poder recordar de aquel tiempo —¿qué  
pasiones? ¿Qué calles?  
El sonido de la lluvia y el olor  
de la lluvia, un sonido y un olor  
con la característica de sentirse únicamente  
cuando empieza la lluvia o cuando acaba.  
¿Qué lluvia? ¿Qué jardines? Algo parecido  
al cansancio con que al término del día  
se recogen sin prisa las cosas en la playa,  
se sacuden  
las ropas y la arena y se permite uno  
las olas otra vez, seguir de nuevo  
los pies de quien se marcha ya calzado.

## *La estiba*

La disposición de las palabras, el carboncillo  
perpetuo de las frases en esbozo.

No era eso lo voluble, lo incierto, ni siquiera  
lo tremendo del derroche. Sino las rodillas,  
los codos, las porciones del cuerpo  
tan flexible cuando quiere. Y qué bien  
que lo sabíamos, y cuánta la fe y cuánto  
empeño a este lado del río, la otra orilla,  
los lugares frecuentes  
donde lo que se resiente pareciera  
ser sólo suerte de memoria, una promesa  
de tiempo, del objetivo de una cámara  
—numeritos en el lente, un cálculo  
de presciencia, de memoria inversa,  
de imagen movida como si no supiéramos  
ninguno de los dos el equilibrio  
ni la fuerza de los golpes: la estiba  
que acompaña siempre a los mendaces.

## *Arte de la enmienda*

Trozos duros de resina, en el mercado donde se compra –lejos de su sitio– todo: importaciones, componendas, las rutas figuradas de la seda y las coníferas extrañas. El futuro. Las creencias de familia, los rituales terrenales (el arreglo, el pacto) de una vida normal. Las resinas de quién sabe dónde y las aves de averigua, los remedios chinos. El olor de la resina en la marmita impregnada sobre el cobre, un barniz que tardará en desaparecer, el veneno residual que a cuentagotas se irá yendo a las comidas e irá sustrayéndote al deseo. El cuenco roto de tu vida, tanta paciencia para el arte del arreglo y tanta constancia en la cocina donde se cuece cada plato con venenos cristalizados, con el ventarrón de aquel mínimo desastre en torno a un tiesto roto, a una caída casual e irreparable, los contornos de una vida perdida que no es tuya y se deshace en nada.



## *Ante la aduana*

La rueca onfálica de la distancia

R Hernández Novás

El preámbulo inmóvil bajo el manto  
que teje Penélope y desteje: las manos  
sin nada que ofrecer. Las palmas sudorosas  
cruzadas a la espalda y la memoria  
perdida en el recuento de lo real  
—en las amarras entre las palabras y lo real.

Y los pedales de la rueca cuando el hilo  
de lana ya se acaba, rastro y resto  
y pista, y cicatrices. Velas negras al retorno,  
Ariadna. Ni el laberinto ni tu vida  
se desbrozarán en la madeja de la ira,  
en pedales furtivos o hilo suspendido.  
No hay salvoconducto ni hay primicia  
que allane trámites: nada, nada que procure  
la sonrisa o la disculpa. Sola la presencia  
y la frontera, quizá el vértigo. Nada  
que anule lo que es tuyo. Y no, tampoco  
nada que por ti declare lo que es propio  
bajo la forma de lo real desde el principio.

## *Delgada sombra*

Delgada sombra del amor, consuelo  
clavado en tierra, dosis blanca  
y tibia del verano: el ánimo del rostro  
y el aliento que no cejan hechos hielo  
mas se escurren piel abajo ante la luz,  
torrente entre la sangre y lo que late.

Más que sus afluentes siempre el río,  
más que la cadencia con que el agua  
pasa queda el río que devuelve sus azoros  
a su medida heraclitana: el mismo frío  
del invierno pasado, idéntica penumbra  
húmeda en camino, el peso exacto  
de las piedras en boca de los muertos.